

A poco ocurrió el percance de Antonio López, vanidoso y estulto juez de Estrella, quedando la alcaldía en manos de Don Enrique, el cual dió a conocer una carta de la casa Butcems y Compañía de Barcelona pidiendo detalles para hacer proyecto y presupuesto de alcantarillado, encargándose a la Sociedad de Aguas que lo hiciera para luego remitirlo.

Estrella, que tenía su llaga, pidió que se pagara lo que se debía de las escuelas del Santo y confirmada la destitución del Alcalde Antonio López se nombró a Eulogio Quintanilla dándole posesión Don Enrique, iniciándose una larga época de procesamientos y disgustos, pero ahora no por política sino por los caudales.

Complicado con esto de lo que no hay por qué hablar, motivado o consecutivo al complicado y variado proceso, llega a conocerse el segundo apellido de Don Gemino que por tener ese nombre nadie le decía otra cosa, era Gemino Martínez Hubert, según se comprueba en su instancia dimitiendo el cargo. Y otro detalle de interés en los apellidos, que solicitaron la plaza José María Gómez Sánchez Alarcos y Epifanio Pérez Mercader, dándosela a José María que jamás usaba el Sánchez como Epifanio no usaba el Mercader. José María prestó una fianza de 5.000 pesetas en dinero y 10.000 en fincas, haciéndole la escritura Bernardo el Sacristán como Síndico.

Como ya se ha hablado otras veces de lo de la lápida de Cervantes, incluso con la anécdota de Enrique Manzanque, debe registrarse aquí, porque le da verosimilitud, que en julio de este año 1914, se presentó una instancia de varios vecinos solicitando "la demolición del torreón levantado en la plaza de Cervantes para perpetuar la memoria del autor del Quijote, por el estado indecoroso en que se encuentra y servir solo para estorbar el transito de carruajes, pudiendo sustituirse dicho torreón por una lápida de mármol que diga: —Casa donde nació Miguel de Cervantes Saavedra, autor del Quijote— cuya lápida podría colocarse en la fachada de la casa existente en dicha plaza en que tuvo lugar su nacimiento". Se acordó tal cual y este relato da certidumbre absoluta a la anécdota de Enrique, ya conocida, que no salía de su asombro.

---

En agosto de ese año, Juanillo Junquillo pidió el encintado para la acera de la casa que había hecho en la plaza de la Fuente.

Alguien tal vez diga, ¿Bueno y qué?

Pues nada, que ese detalle formulario y tonto, quiere decir que caducaban las pasaeras, porque la casa estaba hecha en la de Carreño, el padre de la Marina, de donde arrancaba aquella escalinata horizontal que sirvió para cruzar sobre el agua, haciendo equilibrios, desde la más remota antigüedad, que muchas veces, muchas, fue espectáculo como de cucaña, con los portales llenos de gente amparada de la lluvia y cada vez que alguien se aventuraba a pasar, las voces y el jaleo resonaban en toda la plaza y si era mujer y enseñaba las canillas, los rebuznos llegaban al Arenal.